



LOS PIRATAS DE LA PRADERA



Al norte de los Estados de la Unión Americana, cuando con los años se crearon extensas praderas del Oeste, combinadas entre sí por los Indianos piedras rotas y Goldenville era a su tiempo punto de transacciones, de aprovisionamiento y de contacto con el mundo civilizado para los rancheros, buscadores de oro, Indianos nómadas, cazadores y tráficantes y asalariados, que se habían establecido o permanecido por aquellas salvajes regiones. El Sheriff John, que era un ranchero, representaba el gobierno de la Unión en el control de los Estados del norte. A sus órdenes el comitente

de los varios labernuchos con honores de bar con que contaba la población, clérigo buscador de oro celebró su cumpleaños, bebiéndole y jugando, el hallazgo de una mina cuya primera y gruesa pepita había depositado en la mesa para que pudieran ser comodamente admiradas y medidas. Sólo, en el ángulo diametralmente opuesto a la mesa, a la izquierda del mostrador, ocupaban el minero y sus acompañantes, Diego Sacedo, huérfano de antiguos colonos españoles, que por su heredad generosidad, valir y amor a su tierra, se le habían grantejado el sobrenombre de «Corazón Generoso» con que era conocido entre los indios -sorvareña, le-

ble puñetazo de su confrincante, seguido de la réplica en la mandíbula del agresor. Valientes, fuertes y valerosos los dos, se lizaron en un santián en duro y movido combate, yendo a dar con sus corpachones encima del suelo de oro de oro y sus amigos. Reedor por el suelo como o hombres, sillas, botellas y mesas. Diego Sabor Corazón Generoso..., acude a separar a los contendientes, yendo en la herencia el laberinto, que abandona el mostrador Jorondo como un condencado. El piedra, jefe de una tribu nómada que montes cercanos, sigue en casa en los contendientes, "de oro domino el

Lewis, joven enimoso y valiente, bregado en los azares y peligros de la pradera y conocedor de sus moradores—veleba, con varios hombres de la policía montada, por el orden y la lealtad que el gobernador de la ~~re~~ ^{re} bella abogaba y notabilizaba, que de ladrones, asesinos y notables delincuentes se convirtieran en constante jaque a rancheros y campesinos, y aún a los mismos indios, sin que hasta entonces los agentes hubiesen podido anotarase el menor éxito en su constante persecu-

yendo un viejo periódico ilustrado y saboreando a pequeños sorbos su gran vaso de cerveza negra, a su colega en la trata de ganado vacuno y caballar a que se dedicaba desde que murieron sus padres, recorriendo, en los vacíos, las tabernas de los cazadores y las aldeas indias, y en la pradera, los villorrios y ranchos. De pie, dijo hombres, buenos bebedores, de aspecto indefinible entre cazadores y vaqueros, dieron vueltas a la mesa, echándose el coctel sendos vasos de ron. Un indio pidió rola, todavía joven, alto, dorado, musculos, de angelosa faz e inteligente mirada, estiró para entrar en el tabernero, pero se definió súbitamente y observó atento la actitud de los dos personajes del mostrador.—Está pelábra no sé lo rolero ni al Presidente de las Unidas Americanas, gritaba a la sazón uno de ellos, montado en cólera.—Pás, resugó el otro, la sostengo aunque te pe... No pudo acabar la frase, cortado por un formida-

tumulo. — «*Mis pepitas!*» — «Mi oro... Basita u oírme decir el cerebro?» vociferaba blandiendo el recipiente. — «Quoé m'a robado mi oro?» — «¡Qué! — gritaba con voz de trueno—. ¡Yo no te he robado tu oro!» — truenó el vozarrón del fabrero. — Se arrojaron los contendientes al tumulo, y todos, manos altas se apresaron a ser cechados por el basero, que se quedó solo en la vigilante mirada del dueño del tallerito, cuyo pasodoble se balanceaba amenazadoramente de izquierda a derecha. Vaya ya registrando los resultados, los amigos del basero, sin resultado alguno, los amigos del fabrero.

zada por algunos con el pomposo nombre de «Los Piratas de la Pradera», —«El Zorro», un enmascarado de rostro juguetón y mirada seca penetrante cual un estilete de acero, que parecía tener la astucia y la incansable agilidad de la fiera lechosa cuyo nombre llevaba; —y «Punto Burton», el y su banda, la activa e intrépida fuerza del salvaje Lewis y de sus hombres, que habían hecho cuestiones de honor escablar contra los bandidos.

creando a pequeños sorbos su gran vese de dedicando a su amado y caballar a que se dedicaba en los bosques, las cabanas de los cañeros, los villosos bosques, donde el buscador de oro y sus amigos, de forma horrible entre cazadores y vaqueros, discutían los vasos de ron. Un indio pletó rola, todavía sin haberse volteado mirada, esté para báilamente y observar que al actitud de los labradores no se le toleró ni al Pueblo de la tierra de ellos, montado en cólera. —Pasa, resuena todo acabar la frase, cortada por una formida-

dor de oro y los dos contendientes que
están casi a la operación, no han cesado
de dirigirse feroces miradas de odio,
como si les tardara reunirlos de nuevo
en intensa y ardiente discusión a porrazo limpio.
Dicho Saénz se apresura a precisar
que para que el cuchillo de su hermano produzca
sin dificultad las manos en sus hijos.
—«Las peplitas», vocifera el mano-
ro extrayéndolas del bolsillo izquierdo
de la chaqueta de «Corazón Ganso».

(Continued)